

XVIII

El cuarto de las criadas

Yo me sentía cada vez más solo, más aislado, y hallaba mis mejores placeres en las reflexiones y observaciones solitarias. En el siguiente capítulo diré algo de estas mis reflexiones; en cuanto á la esfera de mi observación, reduciase casi al cuarto de las criadas, en el cual se desarrollaba un drama muy interesante para mí y muy tierno.

La heroína de este drama, naturalmente, era la célebre Macha. Estaba enamorada de Vasili, que la conocía ya de muy antiguo y á la cual había dado palabra de casamiento. Pero el azar, que cinco años antes los había separado, los reunía nuevamente en casa de mi abuela, aunque poniendo entre ellos un gran obstáculo: Nikolai, el tío de Macha, que no quería oír hablar siquiera de casamiento de su sobrina con Vasili, de quien decía que era «hombre desprovisto de buen sentido y desordenado».

Esta oposición del viejo dió por resultado que Vasili, que antes se había mostrado no poco indiferente y aún descuidado en sus relaciones con la muchacha, se convirtió de pronto en el más ardiente de los enamorados, como lo podía únicamente ser un criado-siervo, y sastre además con blusa azul y cabellos engrasados.

Aunque los testimonios de su amor eran muy extraños y á veces ridículos—por ejemplo, al encontrarse trataba Vasili de hacerle

daño, ó pellizcándola, ó dándole un gran golpe en la espalda ó apretándola con tanta fuerza contra sí que apenas podía la pobre respirar—no hay duda que su amor era perfectamente sincero. Lo prueba que el día en que Nikolai le negó formalmente la mano de Macha, de rabia y de dolor, Vasili se *puso á beber*, frecuentó las tabernas, cometió toda clase de desaguisados y se portó tan mal que varias veces hubo de sufrir castigo. Pero todos estos actos y todas sus consecuencias parecían tener una especie de mérito á los ojos de Macha, pues no hacían sino acrecentar su amor por Vasili. Cuando era Vasili llevado al *puesto de policía*, por alguna barrabasada que hubiese cometido, Macha se pasaba todo el santo día llorando, lamentando su adverso sino, comunicando sus desdichas á Gacha, que solía tomar parte muy viva en los amores de los infelices amantes, y, despreciando las amonestaciones y aún los golpes de su tío, se escapaba hasta la encerrona de su amigo, para estar un rato con él y consolarle.

No os indigne, lectores míos, que os introduzca en tan baja sociedad. Si en vuestro corazón vibran todavía las cuerdas del amor y de la compasión hacia los humildes, en el cuarto de las criadas hallaréis sonos que se acordarán todavía con los vuestros propios. Que queráis ó no seguirme, yo me voy á mi observatorio,—el descansillo de la escalera—desde donde veo perfectamente todo lo que pasa en el cuarto de las criadas.—Allí están los mil y mil objetos incoherentes, y cuya vista me es ya familiar, la pequeña cubeta, el cántaro, los hierros de planchar y frisar, la muñeca de cartón con la nariz rota, la pequeña caja de bombones, un pedazo de cera negra, y sobre la mesa, una gran mesa pintada de rojo, las labores de las criadas, empezadas ó por empezar... Tras la mesa está ahora sentada *ella*, con el vestido que tanto me gusta, una falda rosa, llevando al cuello un pañuelo ó fichú azulclaro que atrae singularmente mi atención. Está cosiendo seguido, seguido, deteniéndose únicamente para rascarse la cabeza con la misma aguja ó para despabilar la bujía que la ilumina... Y yo miro



mientras tanto, miro y pienso: «Por qué no nació señora, con sus ojos azules y tan claros, con su gorda y rubia trenza, con sus pechos bien redondeados? Qué bien le sentaría una pequeña cofia con lazos azules ó rosa, y un vestido de seda púrpura, pero no como el de Mimi, sino como uno que ví en el paseo de Tverskoie... y de este modo sentada en el salón se pasaría las horas bordando algún objeto precioso y yo me pasaría las horas y los días mirándola siempre y sirviéndola en todo lo que me permitiese!... Pero, qué repugnante figura de borracho tiene ese Vasili, con su blusa azul no siempre limpia! Además, en los movimientos de su cuerpo y en la especial curvatura de sus espaldas pareceme ver las señales de los castigos infamantes que ha sufrido...»

—Cómo Vasia, otra vez?—dice Macha á Vasili que entra en el cuarto, y clava la aguja en la labor, sin levantar la cabeza.

—Podemos de él esperar algo bueno?—contesta Vasili.—Que lo decida al menos de un modo definitivo, pues de lo contrario yo me pierdo, me pierdo para siempre... y él tendrá la culpa.

—Tomaréis té?—dice en esto otra criada que estaba allí.

—Gracias. Y por qué me detesta, vamos á ver, el ladrón de tu tío? Porque voy bien vestido, porque soy fuerte, porque ve en mí un hombre de veras... por eso!—concluye Vasili haciendo un gesto cuya significación yo no comprendo.

—Es necesario someterse,—dice Macha, mientras rompe el hilo con los dientes—y vos estáis siempre con lo mismo, siempre!...

—Es que yo no puedo más, yo no puedo seguir así... ya lo sabes!

En este momento óyese un gran ruido en el salón donde solía estar la noble condesa, y enseguida sube la escalera, murmurando en voz alta, la irascible Gacha.

—Anda! esfuézate en servirla, pues ni ella misma sabe lo que quiere... maldita vida de galeras! Que me perdone Dios mis pecados!...—exclama al entrar en el cuarto de las criadas, agitando nerviosamente los brazos.

—Todos mis respetos, Gacha Mikhailovna,—dice Vasili levantándose y yendo á su encuentro.

—Aparta! No son precisamente tus respetos lo que me hace falta,—dice la irritada sirvienta mirando entorno con severidad.—Y qué vienes á hacer aquí, en el cuarto de las doncellas? Es este el lugar de un hombre?

—Quise informarme de vuestra salud,—hace tímidamente Vasili.

—Mi salud? Pues, que ya no tardaré en reventar!—grita Gacha

Mikhailovna, todavía más colérica y abriendo desmesuradamente la boca.

Vasili rompe á reír.

—No es cosa de risa, y cuando te digo que te vayas, vete al diablo! Aquí lo tenéis, otro miserable, otro cobarde que quiere también casarse. Anda, lárgate, lárgate!

Y Gacha, picando de pies irridadísima se mete en su cuarto y cierra tan violentamente la puerta que todos los vidrios de la casa tiemblan.

Ya en su cuarto se la oye largo rato aun gritando, insultando á todos y á todo, y maldiciendo de la vida; además, por el gran ruido que hace, compréndese que echa de revés cuantos objetos se le ponen por delante y hasta tira de las orejas á su gato favorito: finalmente se abre la puerta, y el gato, arrojado al aire por la cola, cae al suelo lanzando los más lastimeros maullidos.

—Vaya, estoy viendo que será cosa de venir con frecuencia á tomar aquí el té,—dice Vasili haciendo ademán de marcharse.

—No hagas caso de eso,—salta la doncella que le había invitado á tomarlo,—voy á ver cómo va el samovar.

—Pues, yo quiero que acabe esto de una vez,—prosigue Vasili sentándose cerca de Macha, apenas la otra doncella ha salido.—De no, me iré directamente á la condesa y le diré: Quiero esto, lo otro y... lo demás. No puedo seguir así, y sino me marcharé al fin del mundo, y no me veréis más, yo os lo juro.

—Y entonces, qué será de mí?

—Ah! si no fuese por tí, tú me retienes tan sólo; sin esto, haría ya mucho tiempo que sería mi cabeza libre, te lo juro por Dios de Dios.

—Vasia, por qué no me dejas tus camisas para que las lave?—dice Macha después de un corto silencio,—ya ves que está sucia á no poder más,—añade cogiéndole por el cuello de la camisa.

En este momento se oye abajo la campanilla de mi abuela, y Gacha sale echa una ventolera de su cuarto.

—Sepamos al fin, canalla, qué es lo que quieres!—dice empujando hacia la puerta á Vasili, quien se había levantado al verla.

—Ya lo estás viendo, has traído á mal traer á esta muchacha, y la atormentas todavía; sin duda hallas un gran placer en verla llorrar. Vete, que ni tu olor se sienta aquí. Y qué puedes haber hallado de bueno en él?—continúa dirigiéndose á Macha.—Te parece que tu tío no te ha pegado aun bastante por su culpa? Siempre lo mismo: «Yo no me casaré sino con Vasili!» Tonta, más que tonta!

—Y es verdad que no me casaré con otro, pues no quiero más

que á Vasili, aunque me pegue mi tío hasta matarme por su culpa! —dice Macha y rompe á llorar copiosamente.

Largo tiempo estuve contemplando á Macha, medio tendida sobre un gran cofre y enjugándose las lágrimas con su pañuelo.



Puse todos los medios en esforzarme para cambiar de opinión sobre Vasili, pues quería hallar el motivo de que á ella le pareciese tan atractivo aquel hombre. Pero aunque me hermanaba francamente con su dolor, no llegaba á comprender cómo una cria-

tura tan encantadora según me lo parecía á mí la muchacha podía amar tan de veras á Vasili.

«Cuando yo sea grande,—pensaba mientras me volví á mi cuarto—Petrovskoie será mi propiedad; Vasili y Macha serán mis siervos, y yo estaré sentado en mi despacho fumando una pipa. Macha estará en la cocina, planchando, y yo diré: «Que venga Macha». Macha vendrá y en el despacho no habrá nadie más... Súbitamente entrará Vasili, y al ver á Macha conmigo dirá: «Estoy perdido!» Y Macha llorará, y yo entonces diré: «Vasili! Yo sé que tú la amas y que ella te ama también. Pues bien, aquí tienes mil rublos, cástate con ella y que Dios os colme de felicidades». Y yo me quedaré en el diván sentado fumando mi pipa. Entre las incontables ideas y sueños vagos que pasan sin dejar huella ninguna ni en nuestro espíritu ni en nuestra imaginación, algunos hay que dejan una vibración profunda, sensible, tanto que aún sin guardar el verdadero sentido de la idea, recuerda uno que algo bueno pasó por nuestra cabeza ó nuestro corazón, se siente la huella del pensamiento bueno y se trata un día de hacerlo renacer... Huella profundísima ha dejado en mi alma la idea del sacrificio de mi querencia y de mi simpatía por Macha, en aras de la felicidad que no había de hallar sino casándose con Vasili.



XIX

Mis ideas de adolescente

SE me creará apenas si digo cuáles fueron los temas más frecuentes de mis reflexiones favoritas durante mi adolescencia—hasta tal punto se dirán incompatibles con mi edad y mi situación. Mas, paréceme á mí que el contraste entre la situación del hombre y su actividad moral es el indicio más seguro de la veracidad.

En el invierno, durante el cual llevé una vida aislada, de concentración y de reflexión, pasaron por mi espíritu todas las cuestiones abstractas sobre los destinos del hombre, sobre la vida futura, sobre la inmortalidad del alma, y mi inteligencia infantil, débil, con todo el ardor de la inexperiencia, trataba de explicarse estos problemas cuyo sólo enunciado constituye la mayor altura á que puede llegar el espíritu del hombre, pero cuya solución no alcanzará fácilmente.

Paréceme que el desarrollo del espíritu humano, en cada individuo, sigue la misma vía que el desarrollo del espíritu en la generación entera; que las ideas que sirven de base á las diversas teorías filosóficas, forman las partículas indivisibles del espíritu, pero las cuales concibe cada hombre con más ó menos claridad, aún antes de conocer la existencia de esas teorías filosóficas.

Estas ideas se presentaban á mi espíritu con mayor claridad y precisión, por cuanto yo trataba de aplicarlas á la vida, imaginán-

dome que era el primero en descubrir tal ó cual grandiosa y universal verdad.

Una vez surgió no sé cómo en mi inteligencia la idea de que la felicidad no depende de las causas exteriores, sino de nuestra relación con ellas; que el hombre que se acostumbra al sufrimiento no puede ser desgraciado, y para habituarme al trabajo y al dolor, á veces me estaba más de cinco minutos, y podía apenas, aguantando con el brazo extendido un tomo del gran diccionario de Tetichef, ó bien me encerraba en el cuarto oscuro y me daba sendos disciplinazos en la desnuda espalda, hasta que, á pesar mío, brotaban las lágrimas de mis ojos.

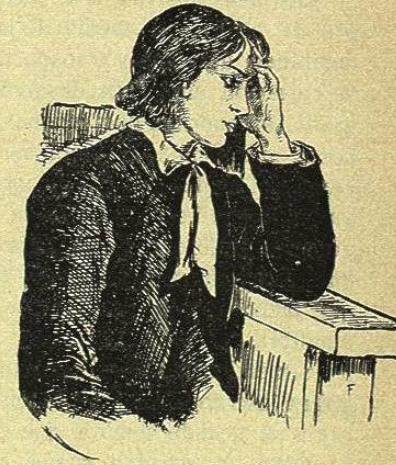


O bien, recordando á veces que la muerte nos espera cada día, cada momento, yo daba por sentado—sin preguntarme por qué los hombres no lo habían hasta ahora comprendido—que para ser feliz el hombre ha de gozar con lo presente, sin preocuparse por el porvenir, y bajo la influencia de esta idea durante tres días descuidé mis trabajos y mis lecciones; no pensaba más que en esto cuando medio echado en la cama solazábame en la lectura de una novela cualquiera, ó cuando glotonamente devoraba el pan dulce que había comprado con mis últimos cuartos.

Otro día, de pie delante del encerado en el cual trazaba con el yeso algunas figuras, se me ocurrió de repente esta idea: Por qué es la simetría cosa agradable á los ojos? Qué es la simetría? —Es un sentimiento innato, me contesté á mí mismo.—En qué se funda? En el fondo de las cosas hallamos siempre una simetría? Por el contrario, he aquí la vida—y tracé en el encerado un gran óvalo.—Después de la vida, el alma se va á la eternidad—y partiendo del óvalo tracé una línea recta hasta el borde de la pizarra.—Esto es la eternidad; cómo es, entonces, que más allá de la vida no se reproduce la misma figura que representa á ésta? Y en efecto, cómo explicarnos la eternidad si marchamos únicamente hacia una sola dirección? Probablemente habremos existido antes de esta actual existencia, aunque habiendo perdido de ello todo recuerdo.

Este razonamiento, que me parecía muy grande y muy nuevo y cuyo enlace coordinatorio apenas recuerdo hoy, me plugo extraordinariamente y tomando enseguida una hoja de papel pensé dejarlo consignado; pero en aquel punto acudieron á mi mente de

un modo espontáneo tal cúmulo de pensamientos y de grandes ideas, que me ví obligado á pasearme por la estancia, para que se calmara mi espíritu. Al acercarme á la ventana, atrajo toda mi atención el caballo que estaban enganchando á un carro de riego y toda mi fuerza anímica se dedicó á hallar la solución de este problema: A qué animal, ó mejor, á qué hombre pasará el alma de este caballo cuando llegue á morir?—En este momento Volodia atravesó la estancia, y sonrióse al notar sin duda que yo aparentaba tan hondamente preocupado... La sonrisa de mi hermano bastó para hacerme creer en aquel momento que todo lo que yo estaba pensando no era más que una solemne tontería.



No he contado este caso, memorable ciertamente para mí, sino para dar al lector una idea de lo que eran mis meditaciones.

Pero ningún sistema filosófico tuvo en mí tanta influencia como el excepticismo, el cual, en una cierta época, me llevó á un estado no muy lejano de la locura. Yo me imaginaba que, fuera de mí, nada ni nadie existía en el mundo; que los objetos que yo veía no eran objetos verdaderos sino sencillamente imágenes que no existían sino cuando yo ponía mi atención en ellas y que desaparecían del mundo de la realidad apenas dejaba yo de pensar en las mismas. En una palabra, me hallé, sin yo saberlo, de acuerdo con no pocos filósofos, bien convencido de que no existe nada en la realidad, sino únicamente nuestra relación con ella. Muchas veces, bajo la influencia de esta idea obsedante llegué á tal grado de enervamiento que, súbitamente, me volvía hacia el lado opuesto esperando así ver de improviso la *nada* que yo creía existir en torno mío.

Es el espíritu humano un mísero é infortunado vehículo de la actividad moral!

Mi débil espíritu no podía penetrar lo impenetrable, y en ese trabajo, superior á mis fuerzas, perdí una después de otra las convicciones que, para la mayor felicidad de mi existencia, debía haber conservado siempre.

De todo ese inmenso trabajo moral no logré sacar más que una

gran agilidad de espíritu, que debilitó extraordinariamente mi voluntad; la costumbre del análisis moral perpetuo destruyó en mí la frescura del sentimiento y la fuerza de la razón.

Las ideas abstractas se forman gracias á la capacidad del hombre de coger, por medio de la conciencia, un cierto estado momentáneo del alma y transportarlo en el recuerdo. Mi capacidad de reflexión abstracta desarrolló en mí la conciencia hasta un grado tan anormal que, muchas veces, comenzando á pensar en las cosas más simples y sencillas, acababa por caer en el círculo vicioso del análisis de mis propias ideas. De modo que no pensaba ya en lo que había atraído la atención de mi espíritu, sino que pensaba en lo que yo pensaba... A mí mismo me decía: Pienso en que estoy ahora pensando.—Y ahora, en qué pienso? Pienso en que pienso en lo que pienso...—Mi razón empezaba á perder su equilibrio.

Sin embargo, los descubrimientos filosóficos que hacía halagaban extraordinariamente mi amor propio, y con frecuencia me creía un grande hombre que descubre, para dicha de toda la humanidad, una verdad nueva, y desde lo alto de mi orgullosa conciencia me miraba á los demás mortales; pero, cosa extraña, cuando me hallaba en presencia de alguno de estos mortales temblaba de pies á cabeza, y cuánto más me elevaba en mi propia opinión, menos capaz era de mantener relaciones con los demás hombres, y no tan sólo me abstenía de mostrar á nadie la conciencia de mi propia dignidad, sino que ni sabía acostumbrarme á no tener vergüenza á la más pequeña frase que se me dirigía...



XX

Mi hermano Volodia

CUANTO más avanzo en la explicación de esta época de mi vida, más pesada se me hace la labor y más difícil para mí. Muy raramente, entre mis recuerdos de esta época, hallo instantes de sincero y ardoroso sentimiento, de aquel sentimiento que iluminaba con puros é incesantes resplandores los comienzos de mi existencia. Involuntariamente siento en mí el deseo de atravesar lo más pronto posible el desierto de la adolescencia y de alcanzar el momento feliz en que de nuevo el sentimiento de veras tierno y noble de la amistad iluminó con purísima luz el término de este periodo y el principio de una nueva vida, llena de encantos y de poesía, la vida de la juventud.

No seguiré hora tras hora mis recuerdos, pero quiero echar siquiera una rápida mirada sobre los sucesos principales desde el presente momento hasta mi amistad con un hombre extraordinario que tuvo una influencia inmensa, decisiva y bienhechora, sobre mi carácter y mi dirección.

Uno de estos días ha de entrar Volodia en la Universidad, profesores particulares vienen ya para él sólo, y yo con cierta envidia, mezclada con un involuntario respeto, le escucho cómo, con el yeso en la mano y de pie ante un encerado, habla de raíces y de coordenadas... expresiones que á mí me parecen pertenecer á